

*Allí, formando círculo se ponen  
 Las ostras, y a escucharlos se disponen.  
 Dijo la morsa: —Ya llegó el momento  
 De que empiece a contaros algún cuento.  
 ¿De zapatos... de lacre... de vapores...  
 De repollos... de reyes... de tambores?...  
 ¿Por qué el mar está hirviente?...  
 ¿Si ver cerdos con alas es corriente?...  
 —Pero antes, espérate un momento  
 —Dijeron —, pues estamos sin aliento,  
 Y tan gordas... —Y dijo el carpintero:  
 —No hay prisa, ya os espero.  
 —¡Gracias! —dijéronle todas a coro,  
 Luego no importa que hables como un loro.  
 —Necesitamos pan, sal y pimienta  
 Mucha. —Dijo la morsa muy contenta:  
 —Y ahora, queridas ostras, si os parece,  
 Nuestra merienda es hora de que empiece.*



*—¡Pero no con nosotras! — protestaron.  
 ¡Después que tan galantes se portaron!...  
 ¡Luego del paseito eso sería  
 Una indigna y terrible felonía!  
 —¡Fijaos en la noche que es divina!  
 —Dijo la morsa—. ¡Embriaga la retina!  
 ¡Sois tan bellas! ¡Tenéis tan linda cara,  
 Que era forzoso que os acompañara!—  
 El carpintero, con su voz cascada,  
 Sólo decía: —¡Otra rebanada!  
 —¡Qué vergüenza! —la morsa dolorida  
 Exclamaba—. ¡Jugarles tal partida!  
 ¡Después de haberlas hecho ir tan lejos,  
 Y de hacerlas correr como conejos!—  
 La voz del carpintero oíase hueca:  
 —¡Está mal esparcida la manteca!—  
 Dijo la morsa: —¡Os amo!  
 ¡Y por vosotras lágrimas derramo!—  
 Y sí las derramaba, pero sordas.  
 E iba seleccionando las más gordas.  
 Y ocultaba su duelo,  
 Cubriéndose la faz con un pañuelo.  
 —¡Delicioso paseo, oh ostras mías!  
 ¡No se ve cosa igual todos los días!  
 Y ahora, volvámonos a casa...—  
 ¡No se mueve ninguna! ¿Qué les pasa?  
 ¡Nada! Sencillamente,  
 ¡Que no han dejado ni una que lo cuente!*

—Me gusta la morsa — dijo Alicia — porque les tenía un poco de lástima a las pobres ostras.

—Comió más que el carpintero, sin embargo — repuso Tweedledee —. Viste que se ponía el pañuelo en la cara